



102
Papeles referentes a la ascendencia de Juan Carlos Inga
1539-1626. 330 x 220 mm., abierto 407 mm.
Biblioteca Nacional, Mss. 20193

El manuscrito de ascendencia de Juan Carlos Inga nos acerca a la figura de Melchor Carlos Inga, fallecido en Alcalá de Henares el año 1610, descendiente del Inca y caballero de la Orden de Santiago en 1606, según consta en su expediente de ingreso y probanza, conservado en el Archivo Histórico Nacional (AHN) de Madrid, en su Sección de Órdenes Militares, Santiago.

Melchor Carlos Inga nació en 1574 en Cuzco (Perú), hijo legítimo de Don Carlos Inga Yupanqui y de Doña María Amarilla de Esquivel, siendo apadrinado por el propio Virrey del Perú, Don Francisco de Toledo. Sus abuelos paternos fueron Don Cristóbal Paullo Topa Inga y Doña Catalina Tocto Ussica, y sus abuelos maternos Don Diego de Amarilla de Esquivel y Doña Catalina Jimenéz Gudelo. Por tanto, fue bisnieto del Inca Huayna Cápac y de Doña Coya Añas Colque.

Es importante mencionar que después de la muerte de su bisabuelo paterno, el Inca Huayna Cápac, se dieron las luchas por el poder inca entre Huáscar y Atahualpa, muertos los dos sus hermanos Paullo Topa Inga o Manco Inca podían subir al poder. Hay que caracterizar la posición contraria entre estos dos hermanos, el primero dando un apoyo incondicional a la Corona española

y el segundo revelándose contra la misma. Es así que Paullo Topa Inga llega a bautizarse y toma el nombre de Don Cristóbal Paullo Topa Inga, con el cual jura fidelidad a la Corona española, ayudando a conquistar muchos pueblos y consiguiendo con ello beneficios que llegarían a perpetuarse en sus descendientes.

Melchor Carlos Inga se casó en 1599, en primeras nupcias, con Doña Leonor Arias Carrasco, también natural del Cuzco, y en segundas nupcias con Doña María de Silva, nacida ésta en Madrid, y con la cual tuvo un hijo llamado Don Felipe Carlos Inga quien murió en edad pupilar. Este segundo matrimonio se había celebrado al habersele otorgado un poder especial para casarse y habiendo dado palabra de matrimonio, sin embargo, tras el nacimiento de un hijo, la muerte de Melchor Carlos Inga impidió que pudiera efectuarse la ceremonia canónica.

El mencionado Melchor Carlos Inga, fue caballero del hábito de Santiago, si bien tuvo muchas dificultades para el ingreso. El largo expediente para su entrada, de 1606, contiene numerosos testimonios de testigos, para que corroboren que era hijo de Don Carlos Inga Yupanqui, para algunos posible autor de la obra *Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*, verdadero descendiente por línea directa de varón de los Incas del Cuzco.

Sin embargo, uno de sus hijos ilegítimos, Juan Melchor Carlos Inga, nacido en Cuzco en 1592 de Francisca Quispe Sisa, conseguiría también su ingreso como caballero de la Orden de Santiago en 1627, tras efectuarse informaciones en Trujillo y Madrid. Había sido traído para criarse en España, “por algunas consideraciones del servicio del Rey”, siguiendo instrucciones del propio Virrey del Perú, Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, político y literato nacido en Guadalajara, en el seno de la poderosa familia de los Mendoza, gran admirador de Cervantes, y uno de cuyos hijos ilegítimos, Don Antonio de Mendoza y Luna vendría con él a España e ingresaría, con quince años, en la Universidad de Alcalá de Henares como colegial del Colegio de Santiago o de los Caballeros Manriques, en 1627, para años después, en 1645, tomar también el hábito de Caballero de la Orden de Santiago, después de abundantes informaciones de probanza.

Dada su condición de descendiente del Inca, Melchor Carlos Inga, en cumplimiento de disposiciones regias, vino a España donde se le había hecho merced de 8.500 ducados de renta. Durante su estancia fijó su asiento en Trujillo (Cáceres) y estando de paso falleció en Alcalá de Henares.

Conocemos las circunstancias de su fallecimiento en Alcalá de Henares en 1610, el mismo año en que Cervantes ingresaba en religión en el Convento de la Orden Tercera de San Francisco de Alcalá de Henares, para morir seis años después en Madrid. Nuestro personaje, Melchor Carlos Inga, falleció en Alcalá de Henares el día 2 de Octubre de 1610, en el Colegio de San Agustín, situado en la calle Colegios, con vuelta a la de Santo Tomás. Se trata del Real Colegio de Religiosos Calzados de San Agustín, fundado en 1533 en un edificio reducido y con pocos religiosos, pero reedificado y ampliado por Santo Tomás de Villanueva en 1552 para incorporarlo a la Universidad de Alcalá de Henares.

La muerte de este santo protector dejó al Colegio sumido en una etapa de decadencia, de la que saldría gracias al patronato real dispuesto por doña Juana de Austria, hermana de Felipe II, en su testamento. Se levantaron edificios nuevos, hubo reparaciones en los antiguos, recibió privilegios y gracias reales y en 1658 se reincorporaría a la Universidad de Alcalá de Henares. Merced al patronato real y a la protección constante a partir de Felipe II, se revitalizó este Colegio-Convento, que contaría entre sus profesores con Fray Luis de León, cosa que él mismo declaró ante la Inquisición, “en Alcalá estuve año y medio, en diferentes veces, oyendo y leyendo”-, conociendo y entablando amistad durante su estancia con el humanista Benito Arias Montano.

El edificio del Real Colegio de San Agustín lindaba con el Colegio de San Ciriaco y Santa Paula o de Málaga, construido precisamente en un solar comprado al de San Agustín en 1610. Se da además la circunstancia de la coincidencia de las obras de construcción de la iglesia del Colegio-Convento de San Agustín, -de ladrillo con cajones de mampostería y adobe, de una sola nave, situada entre dos claustros y dividida en tres tramos, con un crucero no destacado en la planta pero sí en sección mediante una cúpula-, con las del propio Colegio de Málaga en ese primer cuarto del siglo XVII y ambas con intervención del famoso alarife alcalaíno Sebastián de la Plaza.

Los agustinos también formaban parte de la Universidad de San Marcos de Lima, fundada en 1551, y el prestigio que alcanzaron en Lima les decidió a erigir un Colegio-Universidad bajo la advocación de San Ildefonso. La fundación se inició en 1594 y culminó entre 1606 y 1608, convirtiéndose en uno de los centros universitarios más prestigiosos del Perú, en un edificio situado a orillas del río Rimac y no lejos del convento grande de San Agustín, que sufriría importantes daños con el terremoto de 1687.

El mismo día 2 de octubre de 1610, hallándose enfermo y residiendo en el Convento de San Agustín el Real, Melchor Carlos Inga extendió testamento cerrado ante el escribano del rey Juan de Quintanaga y en el momento de su fallecimiento actuaron como testamentarios suyos, entre otros, el Catedrático de Prima de Cánones de la Universidad, el Doctor Don Cristóbal de Anguiano Sedano, y Don Luis Pacheco de Narváez, famoso y controvertido tratadista de esgrima de la época, quien contaba entre sus enemigos -en armas y letras- al Bachiller y Licenciado en Artes de la Universidad de Alcalá, Francisco de Quevedo y Villegas. De Pacheco hizo Quevedo una perfecta caricatura en *La Vida del Buscón*, obra que contiene además, en alguno de los capítulos de su Libro Primero, un magistral reflejo de la vida universitaria en la Alcalá de Henares de la época.

De Luis Pacheco de Narváez, maestro de esgrima y matemáticas, reputado escritor que figura en el *Catálogo de Autoridades de la Lengua*, nos interesa destacar el desempeño de un destino en las Indias, al viajar a Nueva España con su nombramiento como Gobernador de Veracruz, donde escribiría y publicaría un nuevo tratado de esgrima, hoy perdido. Y haber sido ferviente admirador del comendador Gerónimo Sánchez de Carranza, natural de Sevilla, tratadista de esgrima que también había ocupado un destino americano como Gobernador de Honduras en 1589, para convertirse después en el detractor más decidido de su sistema. Este mundo de controversias en materia de principios de esgrima, sostenidas entre los partidarios de los sistemas de Carranza y Pacheco, se produjo toda una literatura que incluyó las opiniones no sólo de Quevedo, sino del propio Miguel de Cervantes y otros muchos egregios escritores, que hubieron de ocuparse de tan extremadas innovaciones, si bien con distinto parecer.

Sin embargo lo que más nos interesa destacar de Pacheco no es su relación con Quevedo o la opinión que le mereció a Cervantes, sino, sobre todo, el hecho de haber actuado como testamentario de Melchor Carlos Inga, a quien el Rey había honrado con el cargo de Gentilhombre de Boca. Posiblemente la vinculación entre ambos personajes procedería de esa condición caballeresca que Melchor Carlos Inga había venido a buscar a la corte madrileña, y quizá del atractivo mundo reflejado en la brillante escuela de esgrimidores españoles de principios del siglo XVII.

El testamento de Melchor Carlos Inga se abrió en la misma Alcalá de Henares, con todas las formalidades y solemnidades de rigor, el día 4 de Octubre de 1610, y en el pedía el traslado de sus restos a Cuzco para recibir sepultura en el

Convento de San Francisco, destacando entre las mandas a sus diez criados, una de 150 ducados para su enano.

Doña María de Silva, su legítima esposa, sobrevivió a Melchor Carlos Inga, quien había tenido otros cinco hijos ilegítimos Don Juan Melchor Carlos Inga, Juana Yupanqui, Juan Carlos Inga, Doña María Coya y Melchora Clara Coya. Por ello, a su muerte se inició una disputa entre sus hijos ilegítimos y María de Silva, interpuesta por esta última, por una pensión de 2.000 ducados de asignación que recibía para la educación de su hijo Felipe Carlos Inga y Silva en esos momentos ya fallecido -había muerto el 23 de Junio de 1611-, y que quería seguir percibiendo. Ambas partes llegaron a un acuerdo, cuya escritura de concierto fue celebrada en Madrid el 9 de octubre de 1619 ante Hernando de Recas escribano del rey, documento que se encuentra en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.

Se puso fin al pleito suscitado, por lo que “el único descendiente por línea recta de varón de los reyes incas del Perú” sería Don Juan Melchor Carlos Inga, hijo del finado Melchor Carlos Inga, quien acabaría viviendo y residiendo en la Corte de Madrid “con harta pobreza”.

Manuel Casado Arboniés /
Ana Cecilia Sarmiento Longo